

VII. RESEÑAS





Toxicomanías y psicoanálisis

POR: BELÉN DEL ROCÍO MORENO CARDOZO*

Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, Colombia.

Sylvie Le Poulichet, *Toxicomanías y psicoanálisis. La narcosis del deseo*, Amorrortu Editores, Buenos Aires 2005, 224 páginas.

Esta obra de Sylvie Le Poulichet se ha convertido ya en una referencia insoslayable para el psicoanalista que resulta interrogado por una clínica que lo sitúa en los límites mismos de su práctica. El arduo trabajo que despliega este texto cuenta con el norte que le aporta la andadura misma de la clínica freudiana. La autora avanza en su recorrido proponiendo elaboraciones teóricas y clínicas cuya novedad y rigor constituyen un verdadero aporte en un campo que se ha mostrado propicio a todos los deslizamientos.

Antes de distinguir las condiciones que harían posible un abordaje psicoanalítico de los pacientes que recurren a los tóxicos, Le Poulichet examina los discursos que constituyen la entidad denominada “toxicomanía”. Allí resulta evidente cómo esta noción marcha encabalgada en la variedad de discursos que la conforman: el médico, el jurídico, el psicológico, el etnológico; ninguno de los cuales logra conservar su especificidad, y termina entonces por abreviar en las aguas del vecino. Todos los traslapes que aquí son señalados tienen una historia cuyas líneas de fuerza son rastreadas con detalle: desde la idea de la droga como flagelo social, difundida a finales del siglo XIX, hasta la noción de fármaco-dependencia, con su doble procedimiento de medicalización y psicologización

* e-mail: bdmorenoc@unal.edu.co

de las toxicomanías, pasando por la noción de neurosis toxicomaniaca de los años 50. En esa memoria necesaria sobre los discursos que predicán acerca de la “toxicomanía”, la autora echa de menos, en el campo del psicoanálisis, el desarrollo de una figura que habría dado piso firme a elaboraciones teóricas pertinentes sobre el asunto: se trata de “la figura plural de la pasión”, que no separaba el cuerpo del alma y que, sin embargo, quedó olvidada en favor de dos concepciones contrarias: o bien se situaba a la toxicomanía como una variante de una patología conocida, o bien se la localizaba como una entidad patológica autónoma. Otro olvido mayor, en los estudios sobre toxicomanía, es el relativo a los comienzos de la psicofarmacología, de donde derivó la noción de fármaco-dependencia, y donde también tuvo origen la noción actual de la locura, reducida apenas a la química tóxica producida por un organismo enfermo. En efecto, L. Lewin, pionero de la psicofarmacología moderna, partió de un sofisma que no ha dejado de tener consecuencias: dado que “ciertas perturbaciones mentales son producidas por las drogas, todas las perturbaciones mentales son causadas por los ‘venenos del espíritu’”¹. Este recuento histórico de la trama discursiva que produce la “toxicomanía” como entidad resulta tanto más necesario cuanto que “las toxicomanías”

1 Sylvie Le Poulichet, *Toxicomanías y psicoanálisis. La narcosis del deseo*, Amorrortu Editores, Buenos Aires 2005, p. 27.

llevan la impronta de los discursos que las caracterizan. A estos acercamientos de diversas disciplinas, que terminarán por conformar una espesa capa hecha de agregaciones y deslizamientos teóricos entre distintos campos, habrá que sumar el peso de la imaginería de la autodestrucción, tan estimada por las campañas de salud pública.

En medio de este abigarrado panorama surge la cuestión de cómo fundar una clínica psicoanalítica que, al tener en cuenta la persistencia del cúmulo de prejuicios que constituyen esta entidad, pueda sin embargo tomar distancia de ellos. Desde Freud, lo que cuenta para la posibilidad de un análisis son los acontecimientos y decires que surgen en el marco de la transferencia. Es de allí de donde Le Poulichet derivará, a continuación, las tesis fundamentales de sus construcciones teóricas. La autora acuña el concepto de “operación *farmakon*” para designar el acto específico que crea una toxicomanía, más allá del simple consumo de drogas. La palabra *farmakon* fue destacada por Derrida² en un comentario a *Fedro* de Platón, donde la escritura es considerada en su paradójica función respecto de la memoria: es al mismo tiempo una ayuda para la memoria y causante de olvido. Con la fructífera aporía que encierra el concepto de *farmakon*, Le Poulichet leerá las paradojas de una clínica que al confrontar al analista con los límites de su práctica, traza también el fino hilo en que puede sostenerse su acto. Del discurso de los pacientes abstinentes, la autora deriva una primera formulación sobre la operación *farmakon*: “Sin la droga ahora, es como si estuviera amputado, es como si me faltara una parte del cuerpo y me doliera... es un miembro fantasma”³. La metáfora del miembro fantasma permite situar el tóxico que falta, en el tiempo de la abstinencia, como una suerte de órgano ausente y doloroso, que hace patente la investidura libidinal de zonas corporales. Así, durante la abstinencia se

2 Jacques Derrida, “La farmacia de Platón”, en *La diseminación*, Editorial Fundamentos, Caracas 1975.

3 Sylvie Le Poulichet, *op. cit.*, p. 53.

crean las condiciones de una percepción alucinatoria próxima a la del miembro fantasma. En este tipo de funcionamiento, el cuerpo ya no está tomado por las representaciones ni velado por el lenguaje; se vuelve omnipresente. Aparece entonces la urgencia de restituir ese órgano ausente para así poder ligar las excitaciones; con frecuencia los pacientes manifiestan cuán insoportable resulta la espera de la satisfacción. Se advierte bien que lo que queda excluido de este modo es la dimensión simbólica de la ausencia.

En este punto de su indagación, Le Poulichet se dirige a la obra de Freud con el propósito de examinar el asunto del dolor que se *impone* ante la ausencia del tóxico. El recorrido resulta de lo más revelador pues señala que Freud no situaba al dolor en la polaridad placer-displacer, dado que este se presenta como un *imperativo* respecto del cual sólo hay dos operaciones posibles: la acción de una droga o la influencia de una potente distracción psíquica. Entonces, con el dolor no hay lugar para la represión (que a través del fantasma sostiene todavía una relación con los objetos); el dolor produce, en cambio, un repliegue narcisista como tratamiento de urgencia para una efracción insoportable. Así, la operación *farmakon* realiza la cancelación tóxica del imperativo del dolor; el toxicómano, embebido en el tratamiento de la psique como una cosa, cesará de interesarse en sus objetos de amor y se procurará satisfacciones que prescinden del circuito pulsional y del rodeo necesario por el Otro que este implica.

El carácter paradójico del *farmakon* se vuelve evidente cuando la autora enuncia los principios operantes en las toxicomanías: la doble y contradictoria postulación que implica el *farmakon*, a la vez remedio y veneno, encuentra su manifestación clínica en un principio de reversibilidad registrable en el discurso de los pacientes. La dicotomía entre lo psíquico y lo orgánico, propiciada en un comienzo por el *farmakon*, da lugar, en un momento subsiguiente, a la sustancialización de lo psíquico. De modo equivalente aparece una reversibilidad entre “el adentro” y “el afuera”: elementos del “mundo exterior” aparecen como prolongaciones del yo y,

de modo inverso, algunos pensamientos pueden manifestarse por medio de elementos exteriores. Una y otra reversibilidad dan cuenta, ante todo, de la ausencia de un corte y tienen por consecuencia una forma de abolición del sujeto. La operación *farmakon*, de la que dispone el toxicómano, le permitiría borrar representaciones, disolver las huellas de las que está hecha la cadena del lenguaje; es entonces, una operación que, ante lo intolerable, pretende librar al individuo de los efectos del lenguaje que lo determina y fijarlo en una condición que le permita borrar la discordancia, también constitutiva, respecto de la propia imagen. Si el sujeto se anula a través de este dispositivo, ello no implica que en todos los casos las formas de borrado sean equivalentes. Por otra parte, la cancelación tóxica del dolor no entra en pie de igualdad con la represión y la forclusión, y por eso no se puede decir que la toxicomanía sea una estructura clínica, como tampoco se puede afirmar que se articule como un síntoma, dado que no sigue los caminos de lenguaje implicados en la represión ni supone una formación de compromiso entre una representación que procura retornar y un instancia represora. En este punto el lector puede apreciar el rigor con que Le Poulichet avanza en su pesquisa. A las precisiones recién anotadas hay que agregar otra, en absoluto menor, aportada en este texto: se trata de la objeción a la designación “objeto-droga” que no es infrecuente en las aproximaciones psicoanalíticas a las toxicomanías: “el tóxico [...] no se presenta como un ‘objeto’ en el sentido de una ‘relación de objeto’, que supondría un *sujeto*. Opino que todos aquellos abordajes psicoanalíticos de las toxicomanías que designan un ‘objeto-droga’ dentro de una relación con un *sujeto*, practican un forzamiento psicológico. No hay *sujeto*, para un tóxico ni para un ‘objeto-droga’”⁴.

Ahora bien, si la operación *farmakon* cobra el valor de una formación narcisista, va de suyo que la pregunta central aquí es la referida a cuál es el cuerpo soporte de tal gestión o, dicho de otra manera: “¿[...] en qué posición está la persona

que tiene un acceso al goce? ¿Pasa este acceso por el ejercicio de un saber que mantiene el límite de la Ley al tiempo que la desmiente? ¿O bien la persona recurre a un ‘lugar de goce’ que introduce un ‘real’ del cuerpo, para retener su propia pérdida en La Madre? ¿O, aun, *suplementos* imaginarios intentan acomodarse a la angustia causada por una falta que no se colma nunca?”⁵. Estos interrogantes que plantean el lugar de la operación *farmakon* en las estructuras clínicas (perversión, psicosis y neurosis, según la secuencia de las preguntas formuladas) hacen necesario avanzar en la dirección de las distinciones que aporta una clínica diferencial. En el primer caso, la gestión autónoma de la sustancia se orienta a suspender el deseo propio y a demostrar la posesión de un saber sobre el goce. En el caso de las psicosis, la operación *farmakon* apunta a sostener una tentativa de permanecer por fuera del mundo para escapar al abrazo mortífero de un Otro no castrado. En ocasiones, el repliegue casi autista, provocado por el *farmakon*, procura cerrar los agujeros por donde la invasión del goce del Otro amenaza una devastación más radical; se trata entonces de una forma de goce que protege de un goce tanto más catastrófico. Finalmente, en el caso de las neurosis, la operación *farmakon* puede articularse en la vertiente histórica de la insatisfacción o por vía de la imposibilidad obsesiva. Estas distinciones están atravesadas por otra diferenciación que aporta la autora: las toxicomanías de suplencia y las de suplemento, que no pueden homologarse a un uso psicótico y neurótico del *farmakon*, dado que un montaje de suplencia no excluye la intervención de una dimensión de suplemento. Las toxicomanías de suplencia son un modo real de tratar el desfallecimiento del Otro; las de suplemento son la manera de fijar imágenes que aportan insignias fálicas y de suspender temporalmente los conflictos psíquicos, evitando la castración simbólica.

Para finalizar, en el último capítulo del libro, “De un imposible tratamiento de la toxicomanía, a la elaboración de

4 *Ibid.*, p. 100.

5 *Ibid.*, p. 145.

la transferencia”, Sylvie Le Poulichet hace oír de manera tanto más nítida los ecos de su propia práctica clínica. Dado que la toxicomanía pone en juego una formación narcisista, lo esencial de la maniobra del analista radicará en cómo, a partir del desfallecimiento de las virtudes anestésicas del *farmakon* (que suele anteceder a la consulta), constituir un campo de destinación al Otro que permita recomponer los trayectos pulsionales y elaborar un nuevo anclaje del cuerpo en el lenguaje. Como la transferencia implica un vínculo singular entre el analista y el analizante, no es posible contemplar “un tipo” de transferencia que daría lugar a la prescripción de las reacciones adecuadas del analista. Tal referencia, desde luego, pone a distancia todos los clichés comportamentales que hacen parte de la imaginería sobre el toxicómano.

Una revisión pertinente de las formulaciones de los psicoanalistas, a propósito de la abstinencia, llevan a la autora a desplazar el problema de la abstinencia del paciente hacia aquella de la que siempre se trata en un análisis: la abstinencia del propio analista. Abstenerse de entrar en una rivalidad imaginaria con la droga, que daría lugar a una secuencia escénica previsible de desengaños, desafíos y sometimientos, que una vez instalada resulta difícil de dialectizar; abstenerse, por lo mismo, de llamar a un ideal de abstinencia que achata la transferencia en mera impotencia y rivalidad. Habrá entonces un largo trecho que remontar desde el momento en que un paciente llega a consulta para que lo liberen de su toxicomanía, hasta aquel otro en que “descubre una fuente enigmática de sufrimiento de la que puede quejarse”⁶. Este recorrido encontrará en su camino tentativas de borradura del sujeto o de la representación del analista, bajo las formas del *acting-out*, en las toxicomanías de suplemento, y del pasaje al acto en las toxicomanías de suplencia. Además de éstas, Le Poulichet distingue otras formaciones que pueden “hechizar” la palabra en la cura: las formaciones de depósito que surgen con la violencia de un “todo está dicho” y producen una

⁶ *Ibid.*, p. 178.

detención en las representaciones del analista y la puesta en juego de un *indecidable* entre lo verdadero y lo falso que suspende al sujeto que habla.

El lector sabrá apreciar en esta obra de Le Poulichet, el anclaje en una práctica clínica que tiene la virtud de reinventarse y de propiciar elaboraciones teóricas novedosas para nombrar los acontecimientos inéditos del acto analítico.

REFERENCIAS

DERRIDA, JACQUES, “La farmacia de Platón”, en *La diseminación*, Editorial Fundamentos, Caracas 1975.

LE POULICHET, SYLVIE, *Toxicomanías y psicoanálisis. La narcosis del deseo*, Amorrortu Editores, Buenos Aires 2005.